

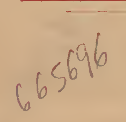
# Ejército de Paz

## POESÍA LÍRICA

POR

## José de Velilla

LAUREADA CON EL PREMIO DE HONOR EN EL
CERTAMEN LITERARIO Y CIENTÍFICO
CELEBRADO POR EL
ATENEO Y SOCIEDAD DE EXCURSIONES DE SEVILLA
EN ABRIL DE 1898.









SEVILLA
Tip. de GIRONÉS, Lagar 5
1898

# EJÉRCITO DE PAZ

Lema: *Virgilio.*

Asiéndome á las ramas con la mano,
á la cima trepé de un montecillo,
que dominaba el llano:
el pueblo y su castillo,
éste de piedra obscura,
y aquél resplandeciente de blancura,
con las manchas rojizas de sus tejas
y los verdes colores de sus rejas,
se posan en la altura
de un cerro, cuyo pie va socavando
y lame el río, con murmurio blando
—si ruidoso y temible en las crecidas—
como espejo bruñido, reflejando
en su cristal las casas invertidas.
Vuelan á recogerse las palomas



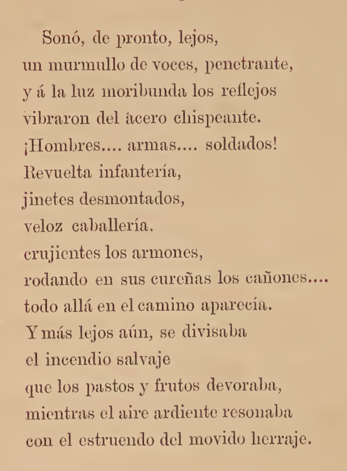


y el viento hiere el áspero chirrío
de la barcaza, que atraviesa el río
navegando á favor de las maromas.
Desierto el olivar; muda la viña;
oculto el grano, que la tierra siente
en su seno crecer; el sol poniente....
¡Qué paz y qué sosiego en la campiña!

Madre naturaleza,
del hombre en las ciudades olvidada,
¡cómo tu encanto á disfrutar se empieza
cuando agobian la mente fatigada
el dolor, el recuerdo y la tristeza!
Dulce melancolía
se apodera del alma soñadora
al venir el crepúsculo, esa hora
en que, no siendo noche, ya no es día.
Yo, absorto, contemplaba
el confuso horizonte,
el apartado y nebuloso monte,
el pueblo, que á mi vista se borraba,
el manso río, que sus muros ciñe,
y el cielo, que encendido se presenta,
porque el sol, despidiéndose, lo tiñe
con ráfagas de púrpura sangrienta.



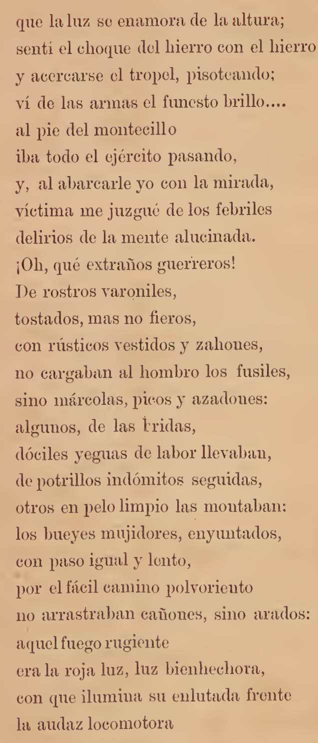




Sonó, de pronto, lejos,
un murmullo de voces, penetrante,
y á la luz moribunda los reflejos
vibraron del acero chispeante.
¡Hombres.... armas.... soldados!
Revuelta infantería,
jinetes desmontados,
veloz caballería,
crujientes los armones,
rodando en sus cureñas los cañones....
todo allá en el camino aparecía.
Y más lejos aún, se divisaba
el incendio salvaje
que los pastos y frutos devoraba,
mientras el aire ardiente resonaba
con el estruendo del movido herraje.

¿Qué ejército feroz pisa la tierra?
¡Oh míseros humanos!
¡Oh visión espantosa de la guerra!
¡Ay, no para matarse los hermanos,
sino para auxiliar al desvalido,
para darlas al triste y al caido,
solo debieran de servir las manos!

La noche, que imperaba en la llanura,
se detuvo, cobarde, al pie del cerro,



que la luz se enamora de la altura;
sentí el choque del hierro con el hierro
y acercarse el tropel, pisoteando;
ví de las armas el funesto brillo....
al pie del montecillo
iba todo el ejército pasando,
y, al abarcarle yo con la mirada,
víctima me juzgué de los febriles
delirios de la mente alucinada.
¡Oh, qué extraños guerreros!
De rostros varoniles,
tostados, mas no fieros,
con rústicos vestidos y zahones,
no cargaban al hombro los fusiles,
sino márcolas, picos y azadones:
algunos, de las bridas,
dóciles yeguas de labor llevaban,
de potrillos indómitos seguidas,
otros en pelo limpio las montaban:
los bueyes mujidores, enyuntados,
con paso igual y lento,
por el fácil camino polvoriento
no arrastraban cañones, sino arados:
aquel fuego rugiente
era la roja luz, luz bienhechora,
con que ilumina su enlutada frente
la audaz locomotora



que á la lóbrega noche desafía;
y el pavoroso estruendo
del herraje, el del tren, rápido huyendo
por los férreos carriles de la vía.
Yo, con los ojos fijos allá abajo,
dije, volviendo á mi primer idea:
—¡Ejército es también! ¡el del trabajo!
¡Ejército de paz.... bendito sea!

Pasó, pasó, con largo serpenteo,
entre nubes de polvo del camino,
y fuéronse apagando
el hondo pisoteo
y el alegre murmullo campesino;
al toque de la cuerna, el tren, silbando,
partió, con estridente traqueteo,
humo, vapor y chispas arrojando.
—Las estrellas, con rayos temblorosos,
y la naciente luna enrojecida
se asomaron al cielo, misteriosos
guardianes de la tierra adormecida.
¡Todo en silencio y calma!
Exhalación radiante
por la bóveda azul corrió un instante....
¿Fué una estrella?... ¿fué un alma?...
¡Quizás un alma, cual la estrella, errante,
á quien permite Dios mirar al suelo,





que las memorias de la vida encierra,
pues hay, también, amores en la tierra,
que, acaso, no se olviden ni en el cielo!

Estaban, ya, rendidos
al sueño los cansados labradores,
y sin otros ruídos
el pueblo y sus alcores,
que el gañir de los perros guardadores,
el cauteloso andar en la vereda,
el murmurio süave
de la corriente, el rebullir de un ave
y el susurrar del viento en la arboleda.
—Sólo algunas ventanas
luz ténue despedían
á través de los vidrios y persianas;
las madres no dormían,
pensando en Cuba y los revueltos mares,
y á vírgenes y santos tutelares
rezaban por sus hijos, que vertían
su sangre generosa en la campaña,
muriendo en la manigua traicionera
por el sagrado honor, por la bandera
y por la gloria de la madre España!

